



www.loqueleo.com/es

Título original: BEN LIEBT ANNA
© 1979, BELTZ VERLAG, WEINHEIM UND BASEL
PROGRAMM BELTZ & GELBERG, WEINHEIM
© De la traducción: 1984, VÍCTOR CANICIO
© De esta edición:
2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)
Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-202-6

Depósito legal: M-16.528-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: junio 2017

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ben quiere a Anna

Peter Härtling

Ilustraciones de Karin Schubert

loqueleo
▼



Esto no es ningún prólogo. Solo quiero explicar, en pocas frases, por qué cuento la historia de Benjamin Körbel y Anna Mitschek. A veces los adultos les dicen a los niños: vosotros no tenéis edad para saber lo que es el amor. Hay que ser mayor para saberlo.

Eso significa que han olvidado muchas cosas, no tienen ganas de hablar con vosotros o se hacen los tontos.

Yo recuerdo perfectamente cómo me enamoré por primera vez, a los siete años. Ella se llamaba Úrsula. No es la Anna de este libro. Pero al hablar de Anna pienso también en Úrsula.

Ben quiso mucho a Anna. Y Anna a Ben.

Peter Härtling

Ben pregunta

«No te metas el dedo en la nariz, indio», dice madre. Lo dice siempre que le ve hurgarse las nari-ces. Ben nunca ha leído que los indios se metan el dedo en la nariz. Madre tiene una idea muy equivocada de lo que son los indios. Cuando Ben cavila, cavila hasta con la nariz. Madre lo sabe. Y ahora a Ben se le ha ido el santo al cielo.

11

—Ya no sé en qué pensaba —protesta.

—No debía ser tan importante —dice ma-dre—. ¡Meterse el dedo en la nariz! ¡A punto de cumplir diez años!

—Conozco gente que lo sigue haciendo a los cincuenta.

—No me digas.

—¡El tío Gerhard!

Madre le vuelve la espalda y Ben sabe que se está riendo. Al poco rato se las da otra vez de seria. Le resulta tan difícil que vuelca el salero.

—No sé cómo se te ocurren esas cosas —dice madre.

—Porque son verdad, Grete —le responde Ben. Él y Holger la llaman Grete. Padre la llama Gretel.

—Siempre tienes que llevarme la contraria —dice madre.

Ben hace un gesto de protesta y luego dice:

—Tú le dijiste a papá que el tío Gerhard se comporta a veces como un cerdo. Y eso que no hay cerdos tan viejos.

Acabó con su paciencia. Madre suspira, se lleva la sopera de la mesa y cambia de tono. Es el que utiliza cuando se pone seria.

—Ya está bien de perder el tiempo. Ponte a hacer los deberes. Cuando llegue Holger dile que te los repase.

Holger tiene trece años y es el hermano mayor de Ben. De los primeros en la escuela, sin

que le cueste demasiado trabajo. Las notas de Ben suelen ser bastante peores y madre cree que es un holgazán. No siempre. Pero puede suceder que, por mucho que se esfuerce, la evaluación salga fatal.

Madre ahora se apresura. Tiene que ir a la consulta del doctor Wenzel donde trabaja por las tardes.

—Empieza de una vez —le grita a Ben al marcharse.

Ben no empieza todavía. Primero contempla un gigantesco agujero en el aire. Luego se mete en su cuarto y regresa con el libro de los animales, profusamente ilustrado. Luego le da de comer a Gertrudis, que es su conejilla de Indias. Luego vuelve a sentarse a la mesa. Luego saca de la cartera el cuaderno y el libro de aritmética. Luego los abre. Luego coloca la pluma junto al lápiz y la goma. Luego se pone a soñar despierto. Luego se quita los zapatos y los envía a puntapiés hasta debajo mismo del armario de la cocina. Luego vuelve a meterse el dedo

en la nariz. Luego empieza, por fin, a resolver los problemas.

Los deberes le parecen más difíciles que de costumbre. Probablemente porque está pendiente de otras cosas.

No le salen las cuentas porque piensa en Anna. Y se enfada. Pero vuelve a pensar en ella.

14 Y, en realidad, no quiere pensar en ella. Preferiría concentrarse en las matemáticas. Eso solo y nada más.

Cuando Holger llega a casa, Ben no ha terminado ni siquiera el primer problema. Holger es buena persona. Le ayuda gustosamente. Y Ben logra acordarse de cómo se resuelven. No son tan difíciles. Claro que, cuando se confunden en su cabeza Anna y las matemáticas, no le salen.

Tan pronto como terminan, Ben pregunta en voz baja:

—Oye, Holger, ¿cómo es estar enamorado?

Holger, a punto de entrar en su cuarto, se detiene, vuelve sobre sus pasos, le echa emoción al asunto y al cabo de un rato dice:

—¿Estás chalado, enano?

Cuando Holger quiere presumir de mayor le llama siempre enano.

Ben se muerde los labios.

Holger se da cuenta de que ha hecho mal y le pone la mano en el hombro.

—Lo dije en broma. ¿Perdidamente enamorado? —le pregunta.

Ben asiente. Y no dice nada más. Holger se burlaría de él.

—¿La conozco? —pregunta Holger.

—¡No! —dice Ben casi gritando.

—Bien —dice Holger—, cuando estás perdidamente enamorado piensas siempre en la chica. Es como si te doliera la barriga. De verdad.

Lo que Holger dice es cierto. Ben nota una tensión en el vientre, o en el pecho. Siente que le duele todo un poquito. Tal vez sean manías.

Ben hace retroceder la silla y le da con ella en la rodilla. Holger grita. «Eres un imbécil. Primero casi lloras y ahora...».

—Déjame en paz —le dice Ben. Luego recoge apresuradamente cuaderno, libro, lápiz, pluma y goma, arrebata la cartera de la mesa y se va a su cuarto. Pone el casete a todo volumen. Las ganas de llorar se las aguanta.

Le hubiera gustado ir al cuarto de Holger, pero después del incidente ya no puede. Saca a
16 Gertrudis de la caja y la acaricia. Cuando la conejilla de Indias se siente muy a gusto lanza un silbidito. Y ahora silba.

Anna

Anna se incorporó a la clase al iniciarse el cuarto año escolar. Una mañana Herr Seibmann, el maestro, entró detrás de ella y dijo:

—Aquí tenéis a vuestra nueva compañera. Se llama Anna Mitschek. Portaos bien con ella. Lleva solo seis meses en Alemania. Antes vivía con sus padres en Polonia.

Tenía un aspecto muy raro. Llevaba un vestido demasiado largo y pasado de moda. Se peinaba con una sola trenza, demasiado larga también. Era pálida, delgada y se sorbía los mocos.

A Ben le pareció horrible.

Algunos rieron disimuladamente.

—Comportaos —dijo Herr Seibmann. Luego hizo sentar a Anna al lado de Katja, y Katja

se corrió un poquito en el pupitre para alejarse de ella. Anna hizo como si no lo notara.

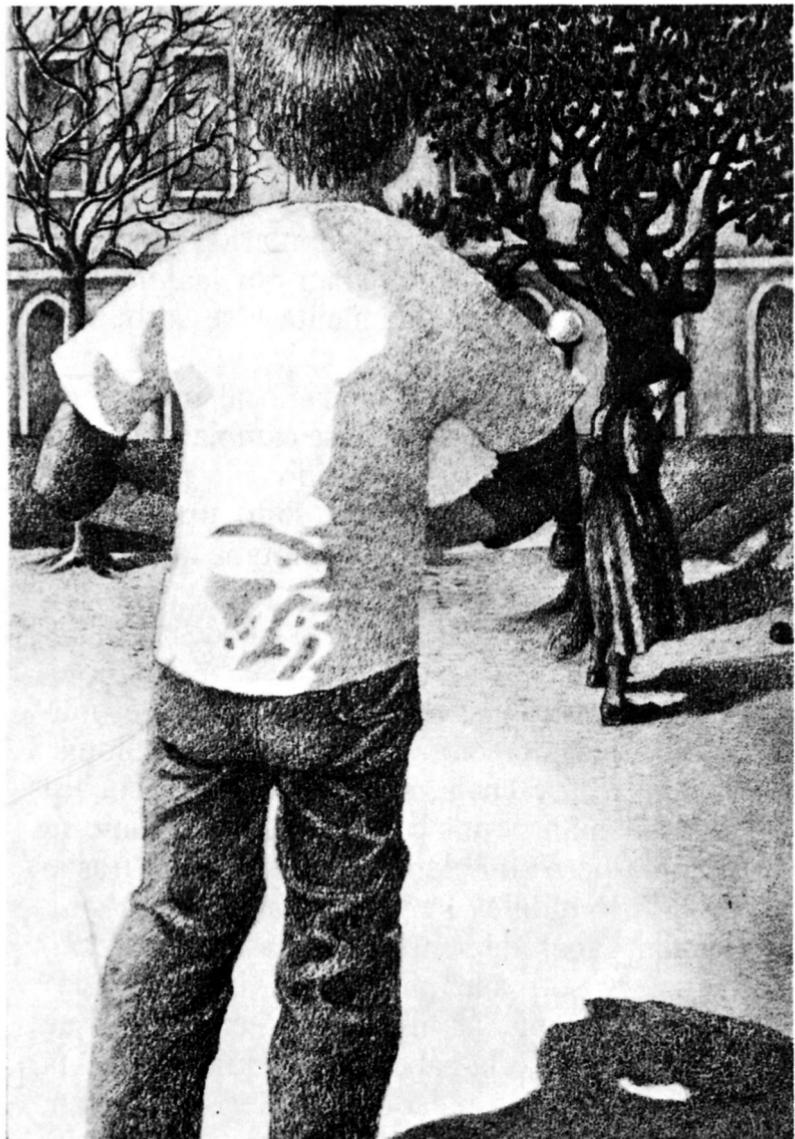
A Ben le pareció que desentonaba. Volvió a examinarla. Anna levantó la cabeza y lo miró. Ben entonces se estremeció. Anna tenía unos enormes ojos castaños, inmensamente tristes. Ben no había visto nunca unos ojos así. Tampoco supo por qué razón le parecieron tristes. Pensó que no había derecho a tener aquellos ojazos. Daban miedo. No volvió a mirarla.

Durante los días siguientes nadie se preocupó lo más mínimo por Anna. Herr Seibmann exhortó a la clase a que se portaran bien con ella. «Si al menos llorara», pensó Ben. Anna no lloró. Katja dijo que Anna le daba asco, que olía mal y que no sabía escribir. Que a los diez años ni siquiera sabía escribir correctamente.

—A lo mejor sabe escribir en polaco —dijo Bernhard.

—Es polaca. No es alemana —dijo Katja.

—Lo más probable es que no la dejaran quedarse en Polonia —dijo Bernhard.



—De tan mal que olía —dijo Katja.

Fue demasiado para Ben. Cogió a Katja del brazo.

—¡Ya está bien! ¡Tú sí que apestas!

Katja se soltó con rabia y gritó lo suficientemente alto para que todos los de la clase pudieran oírlo:

20 —¡Ben la defiende! ¡Ben quiere a Anna!

Ben se precipitó sobre Katja y le tapó la boca. A Katja se le congestionó la cara y empezó a patalear.

—Déjala —gritó Regine—. ¡Déjala, que la asfixias!

No se habían dado cuenta de que Herr Seibmann llevaba un buen rato observándolos desde la puerta.

—¡Suelta a Katja, Ben! —Herr Seibmann tenía un enfado de mil demonios. Se le veía. Los hizo volver a sus pupitres.

La clase quedó en silencio. No se oía ni una mosca y todos se dieron cuenta de que Anna sollozaba. Quiso disimularlo. No lo logró. Las

lágrimas le rodaban por las mejillas. Se las limpiaba repetidamente y se sorbía los mocos.

Herr Seibmann se dirigió al pupitre de Anna y le dijo a Katja que se cambiara de sitio con Regine. A Regine le dijo que procurara ayudar a Anna. Luego les soltó un sermón. Hablaba entre dientes. Se le notaba que hubiera preferido gritarles.

—Cualquiera de vosotros puede ir a parar a otra ciudad, o a otra escuela. Y todos os sentiríais extraños. En el caso de Anna es mucho peor. Ha crecido en otro país, en Polonia, y allí, en la escuela, solo hablaba polaco. En casa, alemán y polaco. Sus padres vivían en Polonia pero son alemanes. Pidieron el traslado a la República Federal y ahora están aquí. Tienen ganas de sentirse en casa. Anna también. Y vosotros le amargáis la vida.

Ben tenía la mirada fija en Anna que había inclinado la cabeza. Ni siquiera se sabía si escuchaba las palabras de Herr Seibmann.

—¿Qué podríamos hacer? —dijo Bernhard al salir de la escuela.

—Nada —dijo Katja. Durante los días siguientes volvieron a dejarla sola. Hasta Regine renunció a ayudarla.

—Es tonta —dijo—. No quiere hablar conmigo. Es tontísima, os lo aseguro.

Todo empezó un buen día con una vieja pelota de tenis. Alguien la encontró en el patio de la escuela y Ben, Bernhard y Jens se pusieron a jugar con ella y a arrojársela mientras corrían. Anna estaba debajo del castaño, junto a la tapia. Siempre sola. Toda reproches. A Ben le pareció que era una forma de comportarse bastante tonta.

«Es una estúpida», pensó. «¡Queremos ayudarla y se resiste!». Tomó impulso, arrojó la pelota y le dio a Anna en plena frente. ¡Plasss! Anna soltó un breve chillido. «Va a echarse a llorar», pensó Ben. Y esperó a que empezara.

Los demás habían interrumpido sus juegos y miraban a Anna. Anna guardó silencio, se frotó la frente y lentamente, muy lentamente, se volvió hacia la tapia.

—Hiciste mal —dijo Regine.

Ben se enfadó consigo mismo.

—¡Bobadas! —dijo refiriéndose a lo que había hecho.

Parecía, sin embargo, que se refería a Anna y a su forma de comportarse.

Era cierto, quiso darle a Anna. Quiso incluso hacerle daño.

—¡Le ha estado bien empleado! —Bernhard aplaudía como en el circo.

—¡Habérsela tirado tú, imbécil! —le dijo Ben.

¡Y encima, cobarde...! Bernhard salió corriendo con los otros. Había terminado el recreo.

Ben los siguió, arrastrando las piernas, pero no entró en clase. Esperaba a Anna. Anna no apareció. Ben volvió al patio. Anna seguía debajo del castaño. Quiso gritarle: «¡Anna!». Pero hubiera sido demasiado. Podía pensar que pretendía algo de ella.

Lamentaba lo del pelotazo. Eso era todo.

—¡Anna! —dijo lo bastante alto para que ella lo oyera.

Anna permaneció inmóvil, dándole la espalda.

«Si no quiere», pensó Ben, «la culpa es de ella».

Anna volvió la cara hacia él. Tenía las mejillas sucias. Se había secado las lágrimas con

24

las manos. Sus ojos parecían aún más tristes.

¡Qué ojazos! Anna fue a su encuentro con las manos unidas sobre el regazo, como si estuviera a punto de ponerse a rezar.

—Perdona —dijo Ben.

—Tampoco es para tanto —dijo Anna.

—Has llorado.

—Porque no me podéis ver ni en pintura.

—A mí me gustas —dijo Ben. No había querido decirlo—. ¡Uy! —gritó.

—¿Qué te pasa? —preguntó Anna.

—Nada. Mierda.

—Acabas de decir... —dijo Anna.

Ben se tapó los oídos y empezó a aullar como una sirena.

Vio que Anna le hablaba. No la oía. Por suerte. Estaba hecho un lío y trotaba por delante de ella.

Volvieron tarde del recreo. Herr Seibmann ni siquiera puso el grito en el cielo, como tenía por costumbre. Se limitó a mirarles inquisitivamente.

—Bueno, ya podemos empezar el dictado.

Bernhard suspiró.

—¿Algún comentario? —preguntó Herr Seibmann.

La clase dijo que no. Todos a una.

«Este dictado va a ser una catástrofe», pensó Ben. «Seguro».

La voz de Herr Seibmann resonó muy cerca:

—¡Benjamin Körbel! ¿Sueñas o estás despierto?

Ben trató de fijarse.